EL VENDEDOR DE LIBROS

Maximiliano J. Benítez

EL VENDEDOR DE LIBROS

Maximiliano J. Benítez

Avant
editorial

Primera edición, julio de 2023
© Maximiliano J. Benítez 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:978-84-19763-38-9
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-22114-2023

A César, para que siempre
tenga presente que el mundo, la vida,
es un perpetuo descubrimiento.

En recuerdo de Manuel Fernández, Luis Royo y Rafael Gómez Nieto, integrantes de la Novena Compañía del general Leclerc, mayoritariamente milicianos republicanos que, tras combatir durante tres penosos años contra el ejército del sublevado general Franco, acabarían cruzando los Pirineos huyendo de la represión, alistándose en la Legión Extranjera y combatiendo en el norte de África contra «el mejor ejército del mundo», el Afrika Korps. Poco después se unirían a la Francia Libre del general De Gaulle, para integrarse en una unidad de soldados españoles que participaría en numerosos y decisivos enfrentamientos durante la Segunda Guerra Mundial: La 9.ª Compañía de la División Leclerc. Esta compañía sería de las primeras en conseguir entrar en una París ya sublevada, tomada por Hitler. El capítulo «La botella de Carcassone», escrito sin el propósito de ser un texto ceñido estrictamente a los hechos, está basado en estas hazañas y dedicado con mucho cariño, respeto y profunda admiración a todos ellos, con una mención especial a Manuel Fernández «Belmonte», el asturiano en quien están inspiradas las tribulaciones del protagonista de esa historia.

En las profundidades del invierno
finalmente aprendí que en mi interior
habitaba un verano invencible.

Albert Camus

PRELUDIO

Aquella mañana de martes debía ser una más en la vida de Aquiles Bayón. Despertó cerca de las ocho y, tras unos instantes de amodorramiento sentado en el lateral de la cama, con la mirada puesta dócilmente en su compañera dormida, se incorporó lentamente, procurando hacer el menor ruido posible, y se vistió con la camisa y el pantalón heredados que la noche anterior había dejado cuidadosamente sobre la silla, a los pies del somier. Tanto Elena como el niño, en la habitación contigua, compartían el vínculo de un sueño muy frágil. En puntillas de pie, con los zapatos en una mano y la chaqueta marrón en la otra, se deslizó hasta la cocina con la mayor celeridad y calentó un poco de café tras enchufar la tostadora eléctrica. «Me encantan las tostadas por la mañana —pensó—. Especialmente a mitad del otoño o en invierno, cuando las heladas. Los cristales de las ventanas sudan hasta empapar las cortinas y uno sale a la calle abrigado hasta la

coronilla, exhalando ese vaho que huele a tostadas y café caliente. Es casi enternecedor».

Desayunó un poco más taciturno que de costumbre, casi con la misma languidez con que se había vestido. «Es muy importante mantener una rutina saludable como la del desayuno, facilita la tarea diurna y prepara la mente para el resto de la jornada», pensó mientras untaba la tostada con mantequilla. «No obstante —concluyó—, llevo casi una década con este rito del café con leche y las tostadas y no sé hasta qué punto ha sido un bálsamo o una forma más de atolondramiento».

Aquella mañana de martes debía ser una más en la vida de Aquiles Bayón. Sin embargo, no lo era del todo. La hora era la misma de todos los días; el café, las tostadas, la ropa, el frío del amanecer, pero arrastraba una especie de molestia desde la noche anterior; molestias que le habían llevado a hacerse esas preguntas tan impropias de un desayuno al alba. No era el tipo de asuntos que una persona corriente se plantee antes de iniciar la rutina de la vida, sea en compañía o plácidamente en la burbuja de la soledad. Probablemente fuera de esas cuestiones más cercanas al crepúsculo que al inicio de la jornada. Esas cuestiones que nos encuentran solos al atardecer, cuando ya no nos vemos en la obligación de caer en las resabidas fórmulas de la vida social.

«Durante la mañana (se dijo) nos disgregamos de tal forma para no enturbiar el día, que respondemos y reaccionamos a cualquier estímulo de forma casi mecánica. Es como si nos sometiéramos mansamente al olvido. Pero es al anochecer cuando nos reconciliamos y reencontramos con nosotros mismos y con aquellos que de verdad nos importan. Esa cosa de volver a casa, preparar la cena y charlar es algo casi metafísico», decidió. Y no obstante ahí estaban, Aquiles, sus tostadas con mantequilla y mermelada de frutos del bosque, el café enfriándose y esa incomodidad que tan poco tenía que ver con su quehacer.

La madrugada del lunes había acabado de leer el último libro de la lista por orden alfabético que se había impuesto diez años atrás, cuando la inercia lo empujara a hacerse cargo del negocio heredado de su padre. Ciertamente, no se trataba de un local muy grande o complejo de administrar. Era más bien una de esas pequeñas y antiguas librerías que nunca quisiéramos ver echar el cierre definitivo. Pero Aquiles había heredado la librería de su padre, no así su pasión por la literatura.

En otro tiempo hubiera preferido ser comercial de una fábrica de lo que fuera, quizás un invisible funcionario de correos o de la administración pública. En definitiva, nada en concreto, un deseo difuminado, la búsqueda de una boya. Algo más ligero, si se quiere, que los clásicos de la literatura que tanto lo torturaron, estáticos y solemnes, desde las estanterías más altas y polvorientas hasta desbarrancar sus defensas, las dudas, en definitiva, y obligarlo a hurgar en ellos. «Puede que así —pensó en aquel momento— no me vea en la disyuntiva de bajar la persiana para siempre, o lo que es peor: ceder a la opresión las próximas dos o tres décadas, en un ambiente extraño y anodino. Un ambiente anodino y extraño al cual, condicionado por el precario y cada vez más exigente mercado laboral, me veré más que obligado a aceptar sin rebullir. ¡Qué pereza me provoca pensar en esto!».

Así, pues, la noche anterior, Aquiles había acabado el último libro de aquella selección. Sentía la satisfacción de finalizar un trabajo arduo, penoso y el orgullo de saber de qué se nutría la pequeña librería, ahora por primera vez suya. «Es vital saber qué es lo que uno vende y conocer el catálogo de cabo a rabo. Cuando acudimos al mercado del barrio a comprar pescado, aspiramos a que el tendero nos hable de las bondades de su venta. Nada más absurdo, en efecto, que un pescadero desconozca su género hasta encogerse de hombros a la menor pregunta sobre la diferencia entre un lenguado y una merluza. Durante años fui como ese pescadero aficionado. Desconocía las obras que adornaban las estanterías de mi padre. Si alguien me preguntaba sobre Hemingway o Camus, simplemente le señalaba con el índice erguido las estanterías de la H o la C, pero realmente no tenía idea de lo que habían escrito aquellos buenos hombres. Ahora ya sé quién fue Hemingway o de qué hablaba Camus en sus novelas. O, al menos, qué dejaron escrito para la posteridad.

»Pero, hasta ayer, aunque muchos lectores entraban a hurgar entre los libros, ávidos de nuevas historias, yo más bien sentía en mi corazón que aquellas paredes, que aquellas estanterías abarrotadas de libros hasta el techo me asfixiaban, me ahogaban hasta el aburrimiento. Me asfixiaban porque desconocía la carne de la que se constituían. Eran objetos sin más, mercancía en venta. Y ahora, tras tantos años leyendo, me doy cuenta de que se trataba de algo más relevante que un simple producto de compra y venta. Ahora ya sé quién fue Cervantes,

Dos Passos, Onetti, Celine, Fitzgerald, Kafka, Tolstoi, Joyce, Faulkner, Hesse, Sartre, Wolfe o Melville… Y en el fondo, ya que ahora creo conocerlos a través de sus obras, siento una especie de envidia de las vidas azarosas y en algunos casos arriesgadas que asumieron y las que brotaron de sus almas atormentadas y solitarias; las que padecieron y aquellas que se abrieron camino entre sus páginas, al paso atolondrado de sus propias vivencias. Aunque probablemente no sea esto lo que me inquieta. En el fondo creo que ahora soy igual a esos lectores que entran con curiosidad y ansiedad a mi librería. Con la diferencia de que soy yo el vendedor de todas esas historias. Como si todos (lectores y autores) se hubiesen marchado silenciosamente y yo quedara rezagado con la antorcha, cual centinela de la verdad o la palabra».

Aquiles acabó pronto el desayuno y, siguiendo la ceremonia de un ritual harto conocido, lavó su taza y el plato, cogió su chaqueta de pana, las llaves que dejara en el recibidor la noche anterior y salió a la calle. Un día más, insignificante y trivial.

«Es increíble que a esta hora de la mañana me cuestione lo pesada que puede llegar a ser una vida cuando se observa desde una perspectiva distinta, con la mente fresca. Nunca pensé que llegaría a plantearme cuestiones tan distantes a mis tareas. Quizás la culpa sea de ese último café, el de anoche. No debí inyectarme esa cantidad de cafeína para acabar el último libro. Al final, conciliar el sueño fue, paradójicamente, una especie de pesadilla infantil. O puede que la culpa fuera del mismo libro, el de Thomas Wolfe. ¡Ese hombre no debió escribir de esa manera! —pensó con una sonrisa—. Cuando uno se dispone a leer una novela, no espera encontrarse con esa montaña de prosa poética, ni con ese desgarro. Uno busca leer para conciliar el sueño, entretener la mente hasta el reposo, ¡no para ultrajarlo! Pero tampoco es justo culpar al pobre de Thomas de mi vigilia. Lo mismo me sucedió con Hesse, aunque de otra manera, con otro poso. Es igual. De todas formas, no hace mucho tiempo, Hesse o Wolfe eran ilustres desconocidos y ahora, hoy, hablo con la conciencia de un lector empedernido.

»Creo que el responsable de todo este desajuste soy yo mismo, sí. Resulta que es muy probable que no sea la misma persona y que por ese motivo me cueste tanto acoplarme a esta rutina que, de repente, se me antoja angustiante, como si sucediera en el fondo de una

piscina. Es curioso, sí. De ser esto cierto, no sería ilícito asegurar que envidio sus tribulaciones. ¿No reside, según dicen, la grandeza de la literatura en esa capacidad de poder calzarnos los zapatos de lo que probablemente nunca seremos? Por lo demás, tampoco es que mi vida se nutra de tan pocos estímulos… Elena y mi pequeño Héctor llenan los espacios vacíos. Pero, ¡tampoco se trata de esto! Uff… ¡No debí beber tanto café anoche!».

Caminó un par de calles hasta la avenida y luego giró en la esquina. La librería, para su suerte o desgracia, quedaba a tan solo seis calles de su casa. «Poco espacio de tiempo para reflexionar o darle una oportunidad a la sorpresa», pensó fugazmente.

«Es francamente curiosa esta cuestión de la casualidad, la causalidad y el destino. Hace unos pocos años atrás, muy pocos, apenas si se me presentaban este tipo de cuestiones. No creía en las disyuntivas, casi me parecían una frivolidad. Es decir, una irrisoria pérdida de tiempo. Las resolvía con mi tarjeta de crédito, haciendo el amor con Elena o saliendo con los viejos amigos a recordar, a revivir otras épocas, a girar en una u otra dirección. Pero ahora, al parecer, no soy el mismo. No, definitivamente la culpa es de Wolfe…».

Pronto se encontró frente al cierre metálico de la librería. Ahora, sin más, debía sacar las llaves del bolsillo de su chaqueta y abrir los cerrojos de la persiana. Cogió las llaves y se inclinó delante del cierre. Rebuscó entre la docena de llaves que abultaban el llavero hasta que dio con la correspondiente, pero no pudo insertar la llave en el tambor de la cerradura. No habían puesto masilla los bribones del barrio como de costumbre. Sencillamente se quedó así, en cuclillas, sin atinar a abrir el cerrojo o a incorporarse. Era algo harto sencillo, una operación que podía llevar a cabo un niño pequeño, pero que era incapaz de ejecutar. No tenía fuerzas para hacerlo.

En lugar de eso, guardó las llaves en el bolsillo de la chaqueta de pana, se incorporó pesadamente y se dirigió cabizbajo hasta la esquina. El aire gélido del amanecer removió los mechones castaños de su media melena, como si una bofetada suave de la naturaleza quisiera despertarlo. Aquiles se dejó querer por el resplandor de la mañana. Cerró los párpados, resistiéndose a acabar de despertar, a salir espiritualmente del dormitorio en penumbras, aguardando, adormilado, el sonido electrónico del despertador. Pero no estaba en la cama sino

en la esquina, la misma que tantas veces atravesara de pequeño junto a su padre, rumbo a la librería. Una esquina, una calle y una vida que ahora se presentaban extrañas, anímicamente remotas. Es muy difícil penetrar la mente de un hombre cuando su vida da un vuelco.

Ahora la esquina lo hallaba con su traje de pana y las llaves de la librería encerradas en la palma de la mano. Esas llaves que parecían quemarle los dedos.

Sin titubeos, sin palabras dirigidas más allá de la costra de la conciencia, sin imágenes nutridas por el lazo de un sentimiento, caminó unas calles por la misma avenida, bajó de dos en dos las escaleras de la boca del metro y cogió el que se dirigía a la Estación del Oeste. De allí partían los trenes hacia la frontera. Una vez allí, recordó el plástico de la tarjeta de crédito que llevaba en el bolsillo interno de la chaqueta. Retiró lo máximo que le permitía el cajero automático de la estación y, próximo al sonambulismo, pagó un billete hasta la frontera. Luego aguardó imperturbable, reclinado contra una columna de hormigón, con la mirada anclada al suelo, intentando silbar con la boca reseca y descubriendo formas en las manchas perennes de alquitrán, aceite y chicles pisoteados. En los altavoces de la estación anunciaron la inminente partida de su tren.

Bucólico, a un suspiro de florecer en la ausencia de intereses ahora inocuos, se embarcó sin cepos ni artificios en un viaje que acaso no tendría retorno. No porque albergara subrepticiamente el deseo de no volver, palabras estériles que ya no formaban parte de su vocabulario; sino porque hay travesías de las que no se regresa indemne, puesto que no se vuelve a ser el mismo cuando el camino carece de fronteras en un corazón que parecía languidecer, cuando esos mismos límites no son más que un largo periplo al calor de la infancia.

Cuando alguien lee un texto cuyo sentido quiere descifrar, no desdeña los signos ni las letras, ni las considera una ilusión, un producto del azar o una envoltura sin valor, sino más bien los lee, los estudia y los ama, signo por signo y letra por letra. Pero yo, que deseaba leer el libro del mundo y el libro de mi propio ser, desprecié sus signos y sus letras en función de un sentido que les había atribuido de antemano. Y denominaba ilusión al mundo de las apariencias, considerando mis ojos y mi lengua como fenómenos contingentes y sin valor alguno. Pero esto ya pasó, me he despertado, estoy totalmente despierto y hoy, por fin, he nacido.

Siddhartha, Hermann Hesse.

UN VIAJE HACIA NINGUNA PARTE

«Mi padre siempre hablaba de la Provenza. Se llenaban sus labios de frescura al rememorar aquellos veranos de su infancia en Aviñón. Cerraba los párpados para evocar aquellos paseos junto a sus murallas o por los campos de lavanda que, decía, endulzaban el alma», recordó Aquiles contemplando el luminoso paisaje que alcanzaba a atrapar desde el asiento del autobús. A su lado dormitaba un hombre con quien lamentó no llegar a mantener una conversación. Un viajante de mediana edad, robusto, un tanto abandonado, que olía en cada exhalación a alcohol y tabaco. «Las noches son la trastienda de muchas vidas», reflexionó mientras dedicaba una mirada condescendiente a su acompañante.

«No hay peor injusticia en el mundo de los hombres —dictaminó soñador, reposando su cabeza contra la ventanilla— que privar a un ser humano de la oportunidad de cruzar las propias fronteras de su corazón. Y estas fronteras a menudo van ligadas al patio de su infancia, a los recuerdos que buenamente poblaron sus padres de presencias, de momentos». Quedó un rato cavilando en esto. Luego se dijo: «Aunque tal vez no sea así. Quizás todo esto sea parte del equipaje de la vida, sin más, como los brahmanes que atraviesan montañas para buscar una respuesta en sus propios pasos».

Aquiles dedicó gran parte del viaje a desenmarañar esta cuestión. Pero no porque le oprimiera o sintiera la desazón de quien abandona el terruño, el hogar, la calidez de la certidumbre, sino todo lo contrario: la inmensa curiosidad que atenazaba su pecho. No pensaba que traicionara a nadie en particular. Su compañera y el niño aún no advertirían su ausencia. Era como si nada hubiera sucedido. Tampoco habría motivo de contradicción o desasosiego en circunstancias adversas. A su entender, el mundo era (desde el refucilo de la noche anterior, como una molestia largamente tolerada) una maraña de cadenas invisibles que cercenaban el entendimiento, el libre albedrío, la posibilidad de vislumbrar algo que le acercara al descubrimiento infantil de la vida en cada rincón, en cada detalle, en un gesto imperceptible borrado por la rutina. ¿Qué importancia podía tener, en efecto, que alguien decidiera, *motu proprio*, viajar por el simple hecho de hacerlo?

«Si quizás (reflexionaba) todo sea una especie de viaje continuo hasta la sepultura, flotando sin aferrarnos a nada por el carácter ilusorio de la vida que pretendemos abrazar». Todo esto atravesó la mente de Aquiles, que no podía dejar de contemplar de reojo a su acompañante, roncando sonoramente.

Durante el trayecto decidió acercarse a la cafetería del último vagón. «Creo que un café, una magdalena y un zumo de naranja me vendrían más que bien», pensó dubitativo, puesto que no pocas veces regañaba a Elena, cuando esta picaba algo entre el desayuno y la comida, y ahora él, sin el arbitraje de nadie, iba a hacer precisamente lo mismo. «No es bueno hacer trabajar todo el tiempo al estómago, necesita descansar un poco, igual que nuestra mente», solía decirle en tono pedagógico cuando la pillaba en el cuartito, al fondo de la

librería. Ella respondía siempre con una risita apenas audible y luego le invitaba, con un gesto de picardía que rozaba el erotismo, una parte de lo que estuviera comiendo. Aquiles jamás se negaba. Respondía: «Bueno, pero solo por hoy». Y Elena desplegaba la hermosa sonrisa que la naturaleza le había obsequiado.

«Aunque también es cierto (se dijo para acabar de convencerse, para distanciarse de la memoria) que, ya puestos, podría comer algo más sustancioso». El desayuno en la cocina en penumbras quedaba muy lejos, a una distancia que ya no podía medirse en kilómetros ni en tiempo. Y tampoco era cuestión de comer por comer, no señor. Divagaba en estas cosas cuando anunciaron por los altavoces que el tren llegaba a destino. «Ya estamos cerca de la frontera», pensó con emoción, regresando a su asiento sin titubeos, como si el soliloquio nunca hubiera tenido lugar.

«Pero, ¿a qué tanta alegría?», se recriminó de camino a la terminal de autobuses, no muy lejos de allí. Se giró una última vez para contemplar su vagón. Se preguntó si el hombre que dormía a su lado habría ya despertado, no fuera que el tren lo llevara de regreso al punto de partida. Pero precisamente en el momento en que iba a dar la vuelta, vio a su acompañante descender pesadamente las escalerillas del vagón, bostezando y somnoliento, restregándose los ojos. Aquiles suspiró aliviado y regresó a sus cavilaciones mientras seguía la dirección de una de las flechas de latón medio oxidado de la pared, la que indicaba la dirección hacia la terminal de autobuses. Una vez allí, un pequeño cartel informaba de una cafetería al final del andén.

«No entiendo la agitación de hace un momento, al bajar del tren. Al fin y al cabo, no he hecho nada especial… En tal caso, nunca imaginé que para abrir algunas puertas haya que cerrar otras de manera tan rotunda. De la misma forma que abrimos una ventana para que la lluvia nos dé en la cara o la cerramos sin dilaciones, bajamos la persiana y corremos la cortina porque no queremos saber nada de ella, como si un estado anímico estuviera detrás de la climatología, cuando en realidad es al revés.

»Así, pues, no hay nada de relevante en tomar una decisión, pero ya me embarga una emoción por lo desconocido que me provoca incluso hasta ganas de orinar. Mi acompañante durmió durante todo el viaje. Deseé honestamente que despertara para conversar, pero nada.

Y luego bajó bostezando del tren, mientras que yo lo hice al borde del llanto de tanta alegría. Está claro que aún no le ha llegado el momento de la disyuntiva de las puertas abiertas o cerradas. Definitivamente hay cosas que es mejor dejarlas fluir. Cada pregunta que no sea inherente a ese misterio es un cerrojo». Una mueca honesta le acompañó hasta la cafetería.

Escogió una mesa junto al amplio ventanal que daba a los andenes, no fuera que una distracción le hiciera perder el autobús. Una camarera muy joven se acercó a dejarle la carta. Aquiles escogió, sin pensárselo mucho, el plato combinado número doce, uno de sus preferidos: salchichas con patatas fritas, croquetas y un huevo frito.

—¿Y de beber? —preguntó la camarera, tamborileando con el bolígrafo sobre la libreta.

—Pues me tomaré una cerveza —respondió Aquiles con una sonrisa pícara—. Una jarra helada, bien grande, si puede ser.

—Claro —dijo la camarera apuntando el pedido—. ¡Como si quiere beberse el barril entero!

Aquiles mantuvo el gesto. Pensó que la camarera intentaba ser amable, aunque, quizás por su juventud, carecía de tacto para mostrarse más cercana sin cruzar la línea. Pero este pensamiento no fue más que un rumor en su mente, residuos de una idea. Nada podía enturbiar su afán de exploración y comunión.

—¡Un barril es mucho! Con una jarra bien fría me basta. ¡Aquí hace calor! —declaró haciendo el gesto de abanicarse con la mano.

—Es verdad —respondió la muchacha mirando hacia uno de los huecos del aire acondicionado—. Aquí ponen la calefacción muy alta. ¡Cómo se nota que no la pagan ellos!

Aquiles meditó en las palabras de la camarera.

—A mí me gustaría pensar que se trata de calor humano —dijo al cabo de un momento. La camarera, guardando el bolígrafo en el bolsillo del mandil, argumentó:

—Claro, con el calor que hace, ¡normal! ¡Está todo el mundo empapado! —Aquiles dirigió la mirada a los andenes, disgregando la breve conversación. La muchacha se marchó diluyendo la expresión a medida que se alejaba.

En un estado próximo al sueño, extático, se dedicó a levantar un censo de los viajeros que en ese momento había al pie de los andenes.

Desde su mesa podía ver toda la extensión de la terminal. «Destinos, autobuses, maletas, viajeros. Cuántas soledades», pensó.

«Soy muy afortunado de poder estar aquí, esperando mi plato combinado número doce y mi cerveza. Hace unas horas yacía abatido en una silla de plástico, con mi café con leche, mis tostadas y las llaves de la librería aguardando en el mueble del recibidor. Y ahora aquel momento parece impreciso, cual relato incoherente y temeroso de la niñez. Hasta las especulaciones sobre el viaje en sí se me ocurren tardías e inoportunas. En lugar de eso, me resulta tanto más entrañable observar a los viajeros que aguardan en los andenes. En el primero, por ejemplo —se dijo agudizando la vista a través del vidrio del ventanal— puedo ver a una familia al completo aguardando todos apiñados, en el mismo banco, el autobús que los llevará a destino. No hablan entre ellos. El hombre lee uno de esos periódicos gratuitos y los niños parecen discutir a quién le toca jugar con el móvil de la madre. Ella parece abstraída, mira sin interés hacia el andén vacío. Mira, pero no ve nada. Sus ojos parecen dirigirse mucho más allá del recorrido difuminado por la niebla o el contorno de la montaña, apenas trazado en el horizonte. Puede que no quiera hacer ese viaje o a lo mejor piense: "otra vez a lo mismo, siempre a lo mismo". Quizás esté intentando recordar si ha metido todo lo necesario para el traslado. Tienen mucho equipaje, no es fácil meter toda una vida en media docena de maletas. El marido, aunque con el periódico en las manos, no parece leer nada en concreto. Pasa rápidamente de página, saltando de una imagen a otra. Lleva el periódico abierto, pero no lo juzga interesante. En efecto, ¿qué puede importar la vida ajena si la nuestra se descompone en cada suspiro? Tiene el ceño fruncido, tallado en el entrecejo. Como un signo de exclamación. Está por momentos pendiente de la discusión de sus hijos. Luego, al desviar la mirada para evitar intervenir, retiene su atención una chica muy guapa que atraviesa el andén hablando por teléfono y gesticulando. Una sirena del nuevo milenio caminando sobre un pedestal de acrílico y brillantes de pega. El marido olvida el periódico y los niños y se dedica a contemplarla con la mirada que ahora parece volver a sus ojos. Su mujer continúa abstraída, parece desinflarse.

»Unos metros más adelante, en el banco contiguo, hay una pareja de ancianos que charla con la mirada puesta en el cemento del piso. El

hombre mueve con el bastón un guijarro que hay junto a sus zapatos de cuero marrón oscuro, mientras que la mujer habla y niega con la cabeza al mismo tiempo; habla consigo misma en realidad. Casi al final del andén, apoyado en una columna mugrienta y descolorida, hay un chófer que probablemente espera relevar a su compañero. De igual manera que la primera mujer, este dirige la vista a la distancia mientras da largas caladas a su cigarrillo. El humo perdiéndose en el aire me recuerda a las señales que enviaban los indios americanos para comunicarse. Parece un desesperado mensaje al firmamento, una botella lanzada al océano del tiempo. Su trabajo bien podría considerarse interesante: viaja continuamente de un punto al otro del país, conoce gente distinta todos los días y puede ver el amanecer en la tierra y el ocaso en el mar. Sin embargo, su rostro, el gesto taciturno, el humo que exhala perdiéndose en el viento, es de una melancolía abrumadora. Destinos, autobuses, maletas, viajeros… Sí, soy muy afortunado», pensó con satisfacción.

Al cabo de unos minutos, dilatados en elucubraciones, llegó la enorme jarra de cerveza y su plato combinado. Dedicó un instante a estudiarlo cuidadosamente mientras daba un sorbo que llenó de espuma su nariz. El plato se componía de dos salchichas tipo alemanas; un par de croquetas, una de ellas abierta; patatas fritas y un huevo frito sobre ellas. Cerró los párpados, aspiró hondamente y dejó que el aroma a fritura y ahumados inundaran su olfato.

«¿Y de qué se componen los viajes de verdad, esos que nunca van a ninguna parte? Me costaría sacrificar ciertas ideas creer que la materia de todo esto sea la misma que alimenta a todas estas almas que aguardan impasibles, hasta con cierto desdén, la llamada por los altavoces de la estación. El valor de lo que dejamos, posiblemente, sí… Parte del viajero reposa en las vicisitudes, en las relaciones que aparecen de forma espontánea en su vida, de ahí que la gente levante la mano para despedirse. La mano es el compromiso, la sangre, la verdad. Pero también la fractura, al parecer. Este gesto es, acaso, lo más importante que nos llevamos quienes decidimos partir. Independientemente de los abalorios de la despedida».

No acababa de decirse esto cuando empezó a reír a carcajadas. Algún cliente se volvió para ver de quién se trataba. La camarera lo